



**Catequesis de Cuaresma de S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,
Arzobispo de La Habana.**

**S.M.I. Catedral de La Habana
25 de marzo de 2011.**

**Tercera catequesis
“María y la vida pública de Jesús”.**

La figura de la Virgen María está tan ligada a la de su hijo Jesús que para llegar a tener un bosquejo histórico de María el único modo es encontrarla en el Nuevo Testamento, especialmente en los evangelios. Hoy existe un interés histórico creciente por María de Nazareth. Como es lógico, el origen histórico de Cristo está vinculado a la mujer sencilla y pobre de Nazaret. Todo lo que se diga de la Virgen María nos revela cómo fue la existencia de Cristo.

Las comunidades apostólicas, los primeros grupos de la Iglesia naciente que empezaron a reunirse y a crecer después de la resurrección del Señor estaban concentradas primero en la muerte y resurrección de Cristo. Los discursos de los apóstoles a las comunidades hablaban al principio fundamentalmente de esto, de cómo Jesús, que fue enviado por Dios Padre, había sido rechazado, escarnecido, golpeado y por último crucificado como un malhechor. Pero Dios Padre lo resucitó y El se presentó a sus discípulos y los envió a predicar al mundo entero:



“Israelitas, escuchen estas palabras: A Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios entre ustedes con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre ustedes, como ustedes mismos saben, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, ustedes lo mataron clavándolo en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores de la muerte, pues no era posible que quedase bajo su dominio” (Hch 2, 22-24).

De hecho lo primero que se escribió de Jesús fueron los relatos de la pasión y la resurrección, que se hallan, con diversos matices, en los cuatro evangelistas.

Pero un tiempo después, los nuevos cristianos querían saber detalles de la vida de Jesús. Y empiezan los relatos que tienen que ver con sus enseñanzas, con sus milagros, con su lucha contra el demonio. Marcos narra los episodios de gestos y palabras de Jesús desde el bautismo del Señor en el Jordán hasta su ascensión a los cielos, Mateo y Lucas van desde más atrás y hablan del nacimiento de Jesús y de su infancia. Es así como entra la figura de María en los orígenes de la vida de Jesús. Juan va más atrás aún, contempla a Cristo en su preexistencia como Verbo de Dios y la relación con la historia de Israel.

Precisamente, al mirar la historia de Jesús y preguntarse por su origen nos encontramos con María la Virgen creyente. Vamos a ver cómo cada evangelista se acerca a Jesús y cómo describe la presencia de María en la vida del Señor.

San Marcos: Subraya la grandeza de Jesús, grandeza que no es comprendida por sus contemporáneos. María aparece en un contexto de pequeñez y anonadamiento: queda confundida en el clan familiar hostil a Jesús: “*Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: Está fuera de sí*”, (Mc 3, 21) o buscando a Jesús siguiendo pistas muy elementales: “*Llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: ¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan*” (Mc 3, 31-32). Todo esto indica que, según Marcos, María es parte de una familia carente de grandes ideales, incapaz de explicarse la sabiduría del gran Rabí de Nazareth: “*¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Santiago, José, Judas y Simón? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros? Y se escandalizaban a causa de él*” Mc 6, 3). En Marcos la madre proclama la realidad de la encarnación de este modo: el Hijo de Dios se hizo miembro de una familia sin gloria, sin sabiduría, sin relieve, que envolvía con su bajo perfil a su propia madre. La madre proclama así la encarnación del Hijo, mostrando hasta qué punto el Hijo de Dios asumió el riesgo de la historia al encarnarse precisamente en un medio pobre, irrelevante. Esto es parte del anonadamiento de Jesús.

San Mateo: La presencia grandiosa de Cristo es característica en el evangelio de San Mateo. Su pueblo puede rechazar a Jesús, pero El sigue siendo el Señor (así lo llama 19 veces) y es Dios con nosotros.

Veamos los textos que se refieren al nacimiento de Jesús: “*Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados*” (1, 21). “*Mira, la virgen está embarazada y dará a luz un hijo que se llamará Emmanuel, que significa Dios con nosotros*” (1, 23).

En este evangelio, a diferencia del Evangelio de Marcos, María no aparece ni interviene para mostrar la pobreza y el medio cultural sin relieve de Jesús por su origen; sino al contrario, indica el carácter extraordinario del niño que ella da a luz. La concepción de María Virgen por obra del Espíritu Santo y sin intervención de José pone en evidencia la dignidad del Mesías y también su divinidad, pero también la grandeza y dignidad de María. María junto con José forman una unidad con Jesús, presentando así una familia única y modélica, formada por el justo José, la Virgen Madre y el Hijo de Dios, que corren juntos la suerte de la emigración a Egipto para proteger al niño, regresan a Nazaret y se establecen allí

San Lucas: Presenta a Jesús como rey davídico, Señor e Hijo de Dios, que es así el centro del plan de salvación. Todo esto se encuentra ya en los primeros capítulos que son como el esbozo de todo el evangelio. En esos dos primeros capítulos el Mesías recorre como en un anticipo, las principales etapas de su futura carrera, comprendida su pasión y muerte y la resurrección. Hemos visto cómo María Virgen garantiza la divinidad de Jesús y su condición de Mesías. Leamos lo dicho por Lucas referente al misterio pascual de Cristo (muerte y resurrección).

La presentación de Jesús en el Templo en Lucas 2 contiene junto al episodio del niño perdido y hallado en el Templo un anuncio de ese misterio. En la presentación del Niño,

San Lucas, en medio del gozo del anciano Simeón que proclama a Jesús luz de las naciones y gloria de su pueblo Israel, introduce la profecía dirigida a la Virgen María donde le dice que su hijo será una bandera discutida y que a ella una espada le atravesará el alma. Ya ahí se anuncia la pasión y muerte de Cristo y la compasión de María, su madre, que sufrirá junto a El.

En el episodio donde el niño, ya de doce años, se queda en el Templo hablando con los doctores y la Virgen y José no saben dónde está y lo buscan, lo encuentran al tercer día. María un día “perdería” a su hijo que murió en la Cruz, pero que fue encontrado al tercer día hablando con sus discípulos. Esto es un anuncio. Lucas indica así que la Virgen María está presente en la vida entera de Jesús, especialmente en los grandes misterios de su encarnación, nacimiento, muerte y resurrección.

San Juan: Asume y al mismo tiempo supera cuanto los otros tres evangelistas han dicho del misterio de Jesús. Juan ve el itinerario de Jesús como un descenso y un ascenso del Hijo del Hombre. El descenso es la venida del Hijo de Dios al mundo para volver de nuevo al Padre y retomar la gloria que ya tenía desde el inicio junto al Padre. María es insertada positivamente en la encarnación (Jesús es el Hijo preexistente que se hizo carne y habitó entre nosotros). Ella es llamada varias veces la “madre de Jesús” en la fiesta de bodas de Caná y es llamada la madre de Jesús en el momento de la Cruz: *“Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: No tienen vino...Dice su madre a los sirvientes: Hagan lo que El les diga.... Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días”* (Jn 2, 1-3, 5,12), *“Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo”* (Jn 19, 25-26).

Veamos cómo San Juan nos muestra en su Evangelio a la Madre de Jesús. Hay en el prólogo de Juan probablemente una alusión a la concepción virginal de María. Hablando de los que creen en Cristo Juan dice: *“Ellos no han nacido de sangre, ni de deseo de hombre, sino que han nacido de Dios”* (Jn 1, 13). Así es como sucede en la misión maternal de María a la hora salvífica de la Cruz: los discípulos nacen de María, la Madre, porque el Hijo de Dios se la entrega en la Cruz: *“Mujer ahí tienes a tu hijo... hijo ahí tienes a tu madre”*.

Juan nos presenta a María en el inicio de la vida pública de Jesús. En las bodas de Caná, María, al pedir veladamente a Jesús el cambio del agua en vino introduce el tema, tan central en Juan, de la hora de Jesús. Aquellas bodas están llenas de significado. Jesús al presentarse en público con sus discípulos y su madre inaugura su vida pública, celebrando no sólo la boda de aquellos humildes esposos, sino su propio compromiso de amor con la humanidad. El, siendo Hijo de Dios había esposado la naturaleza humana, justamente en el seno virginal de María y ella y la iglesia (los discípulos allí presentes) serán testigos del inicio de su misión. Es como si María deseara ya que Jesús se diera a conocer al decirle a Jesús que los novios “no tienen vino”. La respuesta de Jesús: *“¿Qué quieres de mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora”* saca por primera vez a la luz pública que Jesús tiene una hora para su actuación como Mesías salvador. A esta hora se refiere Juan (12, 23-28) cuando llega el momento de la entrega de Jesús en la Cruz: *“Jesús les respondió: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo de hombre. En verdad, en verdad les digo: si el grano*

de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para siempre. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará. Ahora mi alma está turbada. Y ¿que voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he venido para esta hora! Padre, glorifica tu Nombre. Vino entonces una voz del cielo: Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré”.

En Caná es como si María adelantara en algo la hora de Jesús. También ella aparecerá a la hora de la Cruz, que será también una hora muy especial para ella.

En Caná hay algo más que el primer milagro de Jesús que fue alcanzado por la petición de María.

En Caná podemos ver la llegada del reino de Dios, que será semejante a un banquete de bodas del hijo del Rey (recordar la parábola de Mateo 22). Jesús aparece aquí como el Hijo de Dios, Rey del universo, que celebra sus bodas con la humanidad y el vino nuevo que Jesús da es el vino de bendición que se servirá en los tiempos mesiánicos. Para Juan el verdadero novio es Jesús. Al convertir en vino el agua que se usaba para los ritos de purificación externa de los judíos ya no queda nada de aquella agua, de aquellos ritos, de aquellas antiguas prescripciones religiosas exteriores, ahora había un vino nuevo que “alegra el corazón del hombre”, la interioridad del hombre. La madre de Jesús es de tal importancia que sin ella no habría habido milagro y no sólo el primer milagro, sino aquel que anuncia toda la misión salvadora de Jesús.

Si Lucas en los dos primeros capítulos presenta la participación de María en los misterios de Jesús: encarnación, muerte y resurrección, Juan logra ese resumen maravilloso en el episodio de las bodas de Caná:

- Por su madre que aceptó la encarnación El acepta adelantar, en cierto sentido, su hora.
- Habrá vino nuevo del Reino de Dios, fiesta y alegría en el gozo de la resurrección, gracias a la intercesión de María: “*Hagan lo que El les diga*”.
- Pero no debe olvidarse que para llegar a ese gozo Jesús tendrá que pasar por su hora, la hora de la Cruz, y María compartirá esa hora con dolor de Madre.

Al haber contemplado a María no anecdóticamente, sino en el misterio de Cristo, vamos haciendo un descubrimiento progresivo de la figura de la Madre del Señor en su dimensión profundamente religiosa. María constituye un valor, en cuanto persona dignificada por la gracia y objeto de alabanza y al mismo tiempo ella está orientada al servicio de Dios. Su presencia y su acción no hacen otra cosa que llevarnos a la plena comprensión del misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y a la revelación de su gloria.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2012©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original